

DESDE QUE FALTA su padre, Ryo, después de rezar a los dioses y a los antepasados para que nunca olviden proteger la vida de Nakamura, su padre; de Izumi, su madre; de Saya, su abuela; y de Reiko, su secreto; se cubre hasta los ojos con su edredón y murmura: *aún te quedan ratones por cazar*. Lo murmura y sonríe. Su padre se lo decía cada vez que él deseaba hacer algo diferente o fuera de su alcance.

—No se lo digas a nadie. —Padre le guiñaba un ojo tras soltar frase—. Es nuestro secreto.

Ryo guardaba el secreto compartido con su padre como el mejor tesoro del mundo.

Es bueno compartir escondites y palabras con su padre.

¡Lo extraña tanto!

También Izumi añoraba mucho al valiente Nakamura. Por él había dejado su casa y su familia en Kioto para trasladarse a Nagasaki

donde vivía la abuela Saya. Ahora, las dos mujeres rezaban a los dioses y a los antepasados rogándoles que protegieran la vida de su padre.

Nakamura se fue una mañana, cuatro años atrás, con su impecable uniforme de la marina imperial.

—¡Maldita guerra! —murmura bajo el edredón. Algunas palabras no deben estallar en el aire.

Habían puesto una foto suya, con el uniforme de capitán, tan serio como su hijo no recordaba haberlo visto nunca y prendían incienso de jazmín para que le llegaran sus pensamientos y sus oraciones.

—Aún te quedan ratones por cazar —murmuró en voz alta Ryo intentando imitar la voz de su padre.

Y las palabras le hicieron cosquillas. Así, lograba dormir con una sonrisa.

También sonreía cuando pensaba en Reiko, la más hermosa de todas las niñas.

—Reiko.

Y el nombre de la niña hacía cosquillas en los labios y le llenaba la boca con un sabor dulce, más delicioso que todos los dulces del mundo. Más que el dango*. Más que el mochi*. Casi como el kompeito*, el caramelo de azúcar cristalizado que crujía entre los dientes.

Reiko cruje en el interior de su corazón.

Incluso ahora, cuando los dulces escasean, prefiere el sonido de su nombre al estallido del cristal azucarado. Bueno, escasea casi todo.

Incluso los abrazos.

Un día, poco antes de que su padre partiera, Ryo le contó cuánto le gustaba Reiko. Estaban los dos en uno de sus lugares favoritos, una loma desde la cual se veía toda la bahía de Nagasaki y su padre, gran conocedor de la historia, le contaba cómo había pasado de ser un pequeño pueblo de pescadores a una de las ciudades más importantes de Japón. Todo cuanto relataba su padre parecía un cuento fantástico.

—Un barco, ya ves, un barco naufraga en esta bahía y cambia toda la historia.

—¿De dónde venía ese barco?

—Del otro extremo del mundo. De un lugar llamado Portugal.

Ryo imaginó a Portugal en el mismo continente de los cuentos: más allá del horizonte.

Fue aquel día cuando Ryo se puso muy serio, como un hombre, y le comentó sus planes al padre.

—Cuando sea mayor, seré marino, como tú —hinchó el pecho al decirlo—, llegaré hasta

todos los extremos del mundo. Y me casaré con Reiko.

Su padre no soltó una carcajada, se quedó muy callado, muy quieto. Por un momento, Ryo pensó que no había escuchado sus palabras. Algunas veces, los adultos parecen estar al alcance de la mano, pero sus pensamientos, en realidad, navegan al otro extremo de todos los mares.

Pensó si debía repetirlo.

Cuando ya había abierto la boca, escuchó la voz de su padre:

—Me parece bien. —Ryo sonrió feliz, su padre aprobaba sus planes—. Pero tendrás que esperar. —Entonces lo miró—: Aún te quedan muchos ratones por cazar antes de viajar por todo el mundo. —Hizo una pausa, respiró hondo, lo miró—. Antes de casarte con Reiko.

Alguna vez, se le ocurría contestar a su padre que él no era un gato, que nunca cazaría ratones. Después callaba, prefería compartir un secreto con su padre.

Ahora, cuando escucha llorar bajito a su madre, mamá llora todas las noches en su cuarto, le entran unas ganas terribles de levantarse, abrazarla y compartir con ella aquel secreto.



Así, compartirán caricias del corazón.

Imagina cómo sería decirle bajito que no se preocupe, que a él aún le quedan ratones por cazar y a ella le quedan muchos abrazos por dar al marino ausente. Que a padre le quedan muchas historias por contarle.

Y nada puede suceder cuando se tienen tantos compromisos pendientes.

Sobre todo, nada le puede pasar al valiente Nakamura.

Algunas veces, le parece que Saya, la abuela, conoce la frase, puede que ella misma, o el abuelo a quien no conoció, le dijeran lo mismo a Nakamura.

Claro que de Saya pocas cosas pueden saberse, apenas habla y nada parece importarle demasiado, salvo el cuidado de su altar budista. A veces, ella misma se parece a uno de aquellos retratos de sus antepasados.

Izumi, no. Aún es hermosa. Sobre todo cuando sonrío. Sobre todo cuando Nakamura la miraba y ella bajaba la cabeza y se ponía colorada como una cereza.

—No llores, mamá —murmura cubriéndose la boca—. Las lágrimas llaman a las lágrimas.

Esa es también otra de las frases favoritas de su padre. Si lloras, otras lágrimas llegarán

desde el fondo de tu corazón para unirse a las anteriores y formar un gran río de tristeza.

Por desgracia, desde que el ejército y el emperador llamaron a su padre para irse muy lejos, un gran río de pena y lágrimas se pasea por su casa.

—Aún quedan ratones por cazar —repite deseando que su madre lo escuche.

Pero los secretos son pactos que no deben romperse. Ryo aprieta la boca y guarda la frase dentro de su corazón.

Cuando no consigue dormir y la nostalgia es tan grande como un pozo en el interior de su cuerpo, un terrible pozo capaz de terminar devorándolo; entonces, Ryo imagina una bandada de grullas que cruzan la noche, llegan hasta su cuarto y le permiten subirse a su lomo.

¡Ellas, las grullas, lo llevarían hasta donde está su padre!

Nakamura contaba mil historias de grullas capaces de llevar volando a quienes solicitaban su ayuda. Ryo aprieta más los ojos en un esfuerzo por convocar a las mágicas aves.

Si deseas algo con suficiente fuerza, termina por suceder.

Casi puede escuchar la voz de su padre.

Su padre.

¿Y si corre peligro?

Hace tiempo que ya no se habla de la guerra como de una victoria gloriosa y segura.

En realidad, se murmuran asuntos tristes, de muertes y pérdidas.

Ni su madre ni su abuela hablan nunca de la guerra, de ese lugar donde Nakamura respira lejos de ellos. Intentan fingir una normalidad imposible, sobre todo cuando él está cerca.

Pero nada es normal.

Nada se parece a los felices días anteriores.

La guerra lo ha cambiado todo. No importa que suceda en algún lugar remoto, el lugar de donde llegaban las cartas; algo de ella flota sobre todos cubriéndolos como un velo.

—Quiero subirme sobre una grulla...

Murmura recordando las historias de su padre sobre aquellos pájaros portadores de buena suerte y felicidad.

Tampoco vendrán esta noche.

Ryo ha dejado decenas de mensajes en el pequeño altar de los zorros. Mensajes y dulces. Los zorros son los mensajeros entre los hombres y los dioses. Pero tampoco los dioses han dado señales de vida.

—Papá.

Y llamándolo cierra los ojos. Se hunde en el mundo de los sueños esperando oír a una bandada de grullas: haarr, haarr. Mientras un hermoso zorro plateado corre por las nubes llevando su petición ante los mismos dioses: *que vuelva pronto.*

—Aún te quedan ratones por cazar.

En realidad, Ryo ha compartido su secreto. Se lo ha murmurado a los fantasmas escondidos en el Pozo de los Muertos. No debería haberse acercado, porque sus padres le han advertido de los peligros que se ocultan en aquella enorme boca abierta en mitad del bosque. Pero Ryo, la segunda vez que su padre marchó de casa, necesitaba compartir aquel secreto.

—Los fantasmas no se lo contarán a nadie —se dijo.

Algunos de sus compañeros, cuando querían presumir de lo mayores y valientes que eran, subían por la ladera del bosque donde se abría aquella boca sin fondo a la vista y se dedicaban a insultar a los fantasmas.

Les gritaban e incluso escupían en el interior de aquel lugar.

—¡A ver si se atreven! —fanfarroneaban algunos.

Debían de ser muy pacíficos, porque nunca subió ninguno para vengarse. O tal vez fueran sordos. Cuando estaba con ellos, con sus amigos, él también fingía insultar a los fantasmas, sobre todo para que no lo creyeran un cobarde, pero cruzaba los dedos dentro de los bolsillos, así ellos se darían cuenta de que eran pura mentira.

Ryo era demasiado pequeño para sus doce años. Pequeño, delgado. Casi nada. Debía demostrar que al menos era valiente. Tan valiente como su padre, luchando muy lejos de casa, en algún lugar remoto y desconocido.

Esperaba que los fantasmas no se enfadasen con él y se vengaran en su padre. Cuando todos se iban, él se daba la vuelta, corría hasta el pozo y les pedía disculpas.

—Yo no quiero insultaros. Yo respeto vuestra casa. Yo tan solo quiero que mi padre vuelva.

Los espíritus que habitaban el pozo no respondían, ni lanzaban fuego, ni humo, ni piedras. En aquel lugar sin fondo, no se escuchaba nada, incluso las palabras lanzadas a su interior parecían morir entre sus paredes sin llegar nunca hasta el final. Aquel pozo se hundía hasta el mismo corazón de la tierra.

Se podía confiar en ellos.

Al menos mucho más que en los dioses escondidos en los altares caseros, llenos de mensajes sin respuesta. Sin ninguna duda, Ryo prefiere a los fantasmas del pozo.

También les contó el secreto de su amor por Reiko. En realidad, les pidió ayuda.

—Como es la más bonita de todas, pues todos los chicos pretenden ser su novio. ¡Y yo no soy el mejor! —Frotó sus labios con la tierra del borde y reconoció un sabor metálico—. Pero soy quien más la quiere —aseguró—. Así que, tal vez, podríais ayudarme para que me mire a mí.

Calla y espera una señal de haber sido escuchado, de que ellos, tan poderosos, tomarán medidas para que la chica lo mire de manera especial.

Silencio. Ni un crujido, ni un murmullo. Nada.

Una de dos: o no había ningún espíritu fantasmal en aquel lugar o se limitaban a no prestar atención a las tonterías de los humanos. O, peor aún, ninguna de sus peticiones les parecía digna de respuesta.

¡Era tan poca cosa!

Nunca le dieron ninguna pista para indicarle que lo habían escuchado.